

El 22 de abril de 1915 comienza, para Peter Sloterdijk, nuestro presente: el regimiento alemán de Gas vació 5700 botellas de gas clórico en Yprés, contra las líneas francesas, ampliando el campo de batalla hasta la atmósfera. Se formó una espesa nube de seis kilómetros de ancho que el viento hacia avanzar; los soldados no podían dejar de respirar, y respirar era intoxicarse. Se inició el dominio del aire para sembrar terror. Y la práctica del terrorismo será definitoria del siglo XX.

Corriendo la niebla, buscando luz en el crepúsculo de la inmunidad, Sloterdijk mueve veloz y provocadoramente su pensamiento. Se nutre en Heidegger: el extrañamiento como modo fundamental de ser-en-el-mundo, la técnica como dispositivo que se impone a la naturaleza y a hombres, e instrumentaliza el lenguaje y el arte. Como inmunidad es aquello que opera sin análisis de los factores de perturbación, las condiciones intelectuales de nuestra época requieren de un aprendizaje de la desconfianza, ¿pero cómo desconfiar del aire?

Introducido el medio ambiente en la lucha entre facciones adversas, las interacciones entre enemigos hacen borrosos los blancos personales y ponen al descubierto la vulnerabilidad de la respiración. Es el terror ya previsto por Shakespeare, cuando pone en boca de Shylock que “me arrebatáis la vida cuando me arrebatáis los medios que me permiten vivir”. El modelo atmoterrorista (y atmo es aire), por su alto nivel de abstracción y distanciamiento con las víctimas, fragmenta la cadena de responsabilidades; además, es un método que se distribuye de inmediato en ambos lados del conflicto, por lo cual el terrorismo, más que un adversario, es una manera de luchar que ya no trata de apropiarse de la libertad del otro, sino de impedir que el otro tenga libertad de disfrutar de su medio. Hijo de la alianza entre ciencia y aparato militar (Fritz Haber, director científico del programa Gas para la Guerra que desarrolló el gas utilizado sobre el frente de Yprés, obtuvo el premio Nobel de Química en 1918), el temblor del aire condensa el ideal de desinfección con el racismo (el Ciclón A se inventa, en 1920, para desinfectar estancias plagadas de insectos; el Ciclón B será utilizado para exterminar judíos). La técnica permitirá diferenciar el interior del exterior, y así se hará, en 1924, la primera cámara de gas “civil”, en Nevada, para ejecutar la condena a muerte; el interior puede ser un subte, y así el gas será transportado en bolsas envueltas en diarios podrá ser liberado con las puntas de los paraguas de los seguidores de la secta La verdad suprema, que se bajan del vagón y

dejan el tóxico en las entrañas de Tokyo. El temblor es un matadero, sea un incendio como el de Dresde, sea una nube como el Nepal con el que EE.UU. envolvió a Vietnam, sea un experimento como el de los rusos en una isla desierta, con cientos de monos expuestos a bombas químicas. El temblor se preanuncia como modificación de tormentas, producción artificial de sequías. Temblamos todos, ya privados de la envoltura natural del aire.

¿Acaso nos quedan, como refugios, las dimensiones simbólicas? Sloterdijk inhala el aire surrealista de Dalí y se enferma del activismo diletante, agoniza por los embates de los guerreros revolucionarios contra las actitudes comprensivas de la opinión pública. Un lienzo vacío será un cuadro, lo no-temático será elevado al rango de lo temático, mientras que en el inconsciente, esa reserva de oscuras fuerzas para la filosofía romántica, se hallará el derecho al delirio personal del artista.

Bajo un aire cada vez más turbio y asfixiante, la ilusión de cerrar una atmósfera, de dividir vientos. La aireación, el air-design, la aromatización y el confort olfativo construyen una diversidad de constelaciones atmosféricas, pero apenas sólo la ilusión de amparo. Y es que, como lo señaló Canetti, a nada se encuentra tan abierto el hombre como al aire. Somos respiradores, pero bajo una atmósfera profanada y con formas de vida desmoronadas. “El terror hace explícito qué es el medio ambiente bajo el sesgo de su vulnerabilidad; la iconoclasia hace explícito qué es la cultura al experimentarla desde su posibilidad de ser parodiada; la ciencia hace explícito qué es la naturaleza primaria bajo la perspectiva de su contingencia a tenor de los avances tecnológicos”, así Sloterdijk (en *Temblores de aire. En las fuentes del terror*, Pre-textos, Valencia, 2003) se apresura a explicarlo todo. Después de los ataques con gas tóxico, el aire perdió su inocencia. Los signos, por su parte, se cubrieron de fango. Todo podría estar latentemente contaminado o intoxicado.